Introducción

Jorge Semprún es uno de los protagonistas del siglo xx europeo, del que supo extraer todo su vigor y del que, al mismo tiempo, sufrió su crudeza en sus carnes. Tras participar en la resistencia contra el nazismo, la Gestapo lo detiene y lo tortura antes de ser enviado al campo de concentración de Buchenwald, de donde sale con vida tras la liberación del mismo por los aliados. De vuelta a Francia, en su exilio, se une a la militancia comunista, decidido a proseguir la lucha antifascista y tratar de derrocar el caudillaje del militar Francisco Franco en España. De hecho, no es hasta 1953 cuando retorna a su patria, pero lo hace de manera clandestina. Son muchos los meses que permanece oculto en Madrid, hasta 1962, cuando las desavenencias con la cúpula del PCE anticipan su expulsión del partido, oficializada en una triste jornada de principios de 1965.

Es víctima del totalitarismo del Tercer Reich, pero, en otro sentido, también padece la tiranía del comunismo, al que se adhiere en su juventud con un entusiasmo galopante, pero al que concede improperios y duras críticas conforme transcurren las décadas del agitado y convulso siglo. Semprún ha dedicado muchas páginas a reflexionar, desde su experiencia personal, sobre el sufrimiento en los campos nazis y la desmemoria soviética, y no han sido menos los estudios y análisis académicos que han surgido sobre la obra del singular escritor que, en un delicioso guiño para su aventura, puso el lazo a sus andanzas políticas con el nombramiento como ministro de Cultura en la democracia española, en el tercer gobierno socialista comandado por Felipe González. Hasta entonces, Semprún solo había vivido en democracia en su país durante cinco años, los que fueron de 1931 a 1936, en esa Segunda República que tanto entusiasmaba a sus padres. Pese a todo, el escritor madrileño siempre defendió estos cinco años, y la idiosincrasia de este periodo la

incorpora en su identidad, hasta desear ser enterrado con una bandera tricolor. Si bien, las tinieblas en su vida llegan con el golpe de Estado de los sublevados con el que se inicia la Guerra Civil española, cuando comienza el «primer» exilio, huyendo en barco por el mar Cantábrico junto a su padre y hermanos hasta la acogida en Bayona. Es, sin duda, otra víctima más de la contienda que masacró el país durante tres años y que devino en la oscura dictadura franquista.

Se ha escrito mucho sobre la redacción *sempruniana* relacionada con los dos totalitarismos que le tocó sufrir, pero es mucho menor la literatura que ha surgido sobre cómo la Guerra Civil marca su sino. En gran parte de sus memorias y en sus libros de mayor estructura novelística la contienda de 1936 sobrevuela –o, incluso, toma una mayor relevancia–, ya sea como un recuerdo pretérito, como objeto de reflexión o, incluso, como herida insalvable que no se puede despreciar si se pretende realizar un análisis consecuente de la realidad española presente. No obstante, en ninguno de sus textos tiene tanta relevancia la Guerra Civil como en su película *Las dos memorias* (*Les deux mémoires*, 1974). Casualmente, el único trabajo tras las cámaras del creador resulta una de sus obras más desconocidas, de las que más desapercibidas han pasado para la academia –con positivas excepciones–. Un filme, además, de cuyo inicio de rodaje, en pleno tardofranquismo, se cumplió medio siglo en 2022. En este volumen se dedica un gran análisis a este texto fílmico, ya que consideramos injusto que se le haya prestado tan poca atención hasta la fecha, con el propósito de espolear novedosos estudios sobre el mismo en los próximos años. Además, en *Las dos memorias* se presentan de forma mayúscula los dos grandes temas que capitalizan este trabajo. No solo la Guerra Civil sino, como ya nos da una inequívoca pista el título, la memoria.

La diosa Mnemósine tiene una presencia relevante en toda la creación de nuestro protagonista. Es una de las grandes temáticas de su producción, siendo la mayor en algunos de sus textos. Por ello, se ha decidido dividir este volumen en tres capítulos. El último de estos –por seguir un orden no cronológico, en claro guiño a nuestro protagonista– está dedicado al análisis del citado documental, que vio la luz, finalmente, en 1974, en Francia, y que tardó unos años en poder ser visto en España. El segundo capítulo está dedicado al estudio de la

memoria en su obra, las distintas vías en que esta se presenta en su trabajo. De manera global se han detectado cuatro códigos: el juego con el olvido; la confección de su obra como un objeto artístico; la relevancia de la intertextualidad; y la plasmación no lineal del recuerdo. Todas estas vías, de manera profunda e introduciendo el bisturí en su obra, se estudian en el bloque central del libro. Antes de ello, en el primer capítulo, se realiza un recorrido por la vida y obra de nuestro protagonista, deteniéndonos en cómo la Guerra Civil moldea su pensamiento e identidad desde muy joven y, al mismo tiempo, se estudia cómo la contienda nunca deja de ser motivo de reflexión conforme transcurre su experiencia vital hasta los últimos compases de su vida.

El ensayo resultante pretende continuar la apertura de caminos y líneas de investigación en los estudios sobre uno de nuestros autores contemporáneos más destacados y originales, Jorge Semprún, y propiciar un acercamiento a toda su obra y, con especial ahínco, a un texto del que se ha escrito aún poco pero que, a su manera, supone también un acercamiento singular a la Guerra Civil y a muchas de sus heridas, dirigido por un sujeto que, con apenas 12 años, tuvo que escapar ante el peligro que corría su vida y la de su familia. Una década después de su fallecimiento, la potencia de su literatura resulta objeto de interés de numerosos investigadores que se acercan con determinación a su muy variada producción. Lo que aquí sigue es una aportación que, esperamos, resulte de interés a todo aquel que pretenda profundizar en el trabajo de Jorge Semprún, publicado en los prolegómenos del centenario de su nacimiento.

Capítulo 1

Vida y evolución de la Guerra Civil en el pensamiento de Semprún

Infancia y Segunda República

Tres meses después del golpe de Estado del general Miguel Primo de Rivera nace en Madrid Jorge Semprún Maura, el 10 de diciembre de 1923. Son tiempos tumultuosos en el país, y aunque la dictadura que este año empieza no va a ser la única en la que viva, curiosamente, sí será en la única en la que sea conocido por su verdadero nombre. Es el cuarto hijo del matrimonio que forman José María de Semprún Gurrea (1893-1966) y Susana Maura Gamazo (1894-1932). Sus hermanos mayores son Susana, Maribel y Gonzalo, y Álvaro, Carlos y Francisco los menores, aunque a este último, nacido en 1928, solo le lleva cinco años de edad. Su infancia transcurre en el barrio madrileño del Retiro, en la calle Alfonso XI, número 12, cuarta planta. El joven pasa en la casa familiar de esta zona noble de la capital menos de trece años, y a esta retornará en sus evocaciones literarias. Se trata de un lugar de felicidad, donde vive desde las Navidades de 1923 hasta el inicio de las vacaciones estivales de 1936. Cuando en una calurosa jornada de julio, con tan solo 12 años, abandona su hogar junto a su padre y hermanos, con el objetivo de pasar unas semanas tranquilas de descanso en el norte, no imagina que será la última vez que dormirá entre las cuatro paredes de la casa próxima al Museo del Prado.

El estallido de la Guerra Civil provoca que, en septiembre de ese mismo año, la familia huya a Francia. Jorge Semprún tardará diecisiete años en volver a su barrio, y lo hará de forma clandestina. La memoria del piso en Alfonso XI es destacada en la narrativa *sempru-*

niana, lugar alegre donde conserva sus más lejanos recuerdos. A este espacio vuelve con frecuencia en sus relatos. Esto escribe en 1993, tras dejar la cartera de Cultura del tercer gobierno de Felipe González y publicar sus aventuras en el ministerio con el título de *Federico Sánchez se despide de ustedes* (*Federico Sánchez vous salue bien*, 1993)[1]: «Mi más lejano recuerdo está relacionado con este lugar, con una visita a mi abuelo, Antonio Maura, que vivía a dos pasos de la calle Alfonso XI, en una avenida que hoy lleva su nombre» (Semprún, 2015: 17).

Jorge es nieto del que fuera presidente del Consejo de Ministros en hasta cinco ocasiones y, de hecho, el último gobierno del político conservador acaba un año antes del nacimiento del futuro escritor. Resulta curioso que su primer recuerdo tenga como protagonista a su abuelo, ya que este fallece a finales de 1925, antes de que Jorge cumpla dos años de edad. En el caso de ser un recuerdo totalmente verídico, esto nos anticipa la espectacular memoria de Semprún –de la que suele vanagloriarse en sus escritos– y, en el caso de no ser exactamente como lo relata, evidencia un juego con lo mnemónico que resulta también típico de su quehacer creativo y en el que nos detendremos más adelante: introducir pequeñas píldoras de invención en sus obras para no renunciar a una reconstrucción artística del acto de recordar, sin por ello perder la verosimilitud de lo narrado.

El pequeño Jorge se reconoce como el ojito derecho de Susana Maura, quien predice para su hijo un futuro brillante: presidente de la República o escritor. No se equivoca. No obstante, el joven solo puede disfrutar el amor materno durante ocho años, pues Susana fallece de manera prematura el 26 de enero de 1932, a los 37 años de edad. La causa de esta tragedia es un misterio. Semprún habló de ello en contadas ocasiones, y tampoco hizo numerosas alusiones al motivo de la muerte de su madre en sus memorias, aunque sí hablase con pesar de su adiós. En *Adiós, luz de veranos* (*Adieu, vive clarté…*,

[1] La primera vez que se cita cada obra de Jorge Semprún y otros autores, salvo que esta esté originalmente escrita en castellano, se añadirá en paréntesis, además del año de la publicación, el nombre original del volumen. En siguientes ocasiones, la obra será referida ya solo con su título en español.

1998) escribe que una septicemia fue la enfermedad que acabó con ella (Semprún, 2011: 73), y así se lo comunica también a su biógrafa Franziska Augstein. Esta última, sin embargo, en su libro *Lealtad y traición. Jorge Semprún y su siglo* (*Von Treue und Verrat. Jorge Semprún und sein Jahrhundert*, 2008)[2] obtiene diferentes respuestas cuando consulta a los hermanos todavía vivos de Semprún por la causa del fallecimiento de su madre. Gonzalo cree que fue una enfermedad cerebral derivada de una caída en San Lorenzo de El Escorial lo que causó la triste pérdida. Carlos, por su parte, opina que la citada enfermedad cerebral escondía un cáncer, mientras que Maribel asegura que se llevó a su madre una grave gripe (Augstein, 2010: 37). En cualquier caso, la muerte de Susana deja a un padre desbordado ante la crianza de siete niños, y un vacío imposible de rellenar, pese a que José María se casa poco tiempo después con la suiza Annette Litschi, la que hasta entonces había ejercido de institutriz. Desde entonces, la *Fräulein* goza de un poder ilimitado para la educación de los siete niños, y estos la toman como una despreciable madrastra, hasta el punto de apodarla «General Aupick», debido al padrastro de Charles Baudelaire, casado con su madre Caroline en segundas nupcias, y al que el autor de *El pintor de la vida moderna* (*Le Peintre de la vie moderne*, 1863) dedicó «palabras malvadas» (38).

Los ocho años que comparte con su madre son un recuerdo imborrable para un niño muy querido. Susana aparece como personaje en las primeras novelas de su hijo, tanto en *La segunda muerte de Ramón Mercader* (*La deuxième mort de Ramón Mercader*, 1969) como, sobre todo, en *La algarabía* (*L'algarabie*, 1981), donde tiene un peso simbólico mayor. En sus memorias también es citada en ocasiones y, de entre todos los recuerdos que tiene de ella, existe uno que se repite en diferentes textos y que deja una huella imborrable en el escritor. El 14 de abril de 1931, proclamada la Segunda República, Susana Maura, ferviente republicana, cuelga en el balcón de la casa familiar la bandera tricolor ante la indignación de todos los vecinos del barrio. Así lo relata

[2] La biografía de la periodista alemana es una fuente vital para conocer quién fue Jorge Semprún. Reconocemos nuestra deuda con este volumen en el recorrido biográfico realizado en este primer capítulo.

en *Federico Sánchez se despide de ustedes*, sesenta años después de que ocurriera el supuesto acontecimiento:

> En la calle Alfonso XI, mi madre desplegó al viento de los barrios residenciales la oriflama tricolor republicana en todos los balcones de la casa. En cuanto a nosotros, los mayores de los hermanos, dábamos cuerda sin parar a la manivela del gramófono para que pudiera oírse en la calle una *Marsellesa* ininterrumpida y vibrante. Aquello no dejó de provocar una reacción de hostilidad entre nuestros vecinos. Las contraventanas de hierro o de madera se cerraron con estrépito a nuestro alrededor, ya que la música de Rouget de l'Isle y los tres colores de la enseña triunfal eran sin duda insoportables para las familias burguesas del barrio del Retiro (Semprún, 2015: 137).

Para Semprún, referir la adhesión sin fisuras de Susana Maura a la Segunda República significa hablar del amor por su madre, y es inequívoco el orgullo que trasluce cada vez que el madrileño evoca el episodio en sus trabajos. Esto ocurre hasta en sus escritos menos memorialísticos, los más alejados del relato de sus experiencias, como las novelas, aunque en estas también sale a relucir mucho de la vida del propio autor. En *Veinte años y un día* (2003), ficción en la que Semprún se centra en unos hechos acaecidos en Quismondo, Toledo, con el inicio de la Guerra Civil, pero desde la óptica de 1956 –año en que se contextualiza la obra–, rememora el episodio de la bandera republicana dejando claro, en un sutil juego narrativo, que es algo que vivió el propio Narrador, como personaje:

> Un recuerdo personal, infantil, el del 14 de abril del año 1931, en el barrio de Salamanca de Madrid, cuando oyó cerrarse ruidosamente, como ofendidas, ventanas y contraventanas de las viejas familias del vecindario, al ver las oriflamas tricolores republicanas que su madre –la del Narrador, queda claro– instalaba en los balcones de su casa, en el cruce de Alfonso XI y de Juan de Mena (Semprún, 2016: 174).

Un patrón de su estilo –y decisivo también para conocer cómo despliega la memoria en su trabajo– es el uso recurrente de la repeti-